Ejemplos de juegos y consignas de actividades para 7.° grado en torno de la lectura de cuentos policiales

En este material se comparten ejemplos de actividades que podrían acompañar la lectura de relatos policiales como una actividad habitual en una o dos horas semanales durante un bimestre. Para ello, se retoman las propuestas de trabajo elaboradas este año por la UIECEE relacionadas con la lectura de «La liga de los pelirrojos» .

La actividad habitual puede desarrollarse en torno de la lectura y de los intercambios entre lectores de una serie de cuentos policiales como:

- «La pieza ausente» ", de Pablo de Santis.
- «Tres portugueses bajo un paraguas», de Rodolfo Walsh.
- «Cuento policial », de Marco Denevi.
- «El papel quemado. Memorias de John Rambet », de Julián J. Bernat.
- «La liga de los pelirrojos», de Arthur Conan Doyle.

→ Además de leer por sí mismos, escuchar la lectura del docente, comentar lo leído y compartir sus reseñas de las obras, los alumnos podrán leer o ver documentales sobre los autores de los cuentos, como un modo de adentrarse en el contexto de producción de esas obras y leer otros cuentos de esos autores que estén disponibles en la biblioteca de la escuela o en la web.

[1] Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Propuestas para la inclusión de La Liga de los Pelirrojos en el aula: actividades habituales, secuencias y proyectos, Flavia Caldani. Buenos Aires: Ministerio de Educación e Innovación del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Unidad de Evaluación Integral de la Calidad y Equidad Educativa, 2018.
[2] Se comparte este cuento en el informe de FEPBA 2016, junto a ejemplos de ítems de lectura, disponible en http://www.buenosaires.gob.ar/sites/gcaba/files/informe_pedagogico_fepba_2016.pdf Ver también el material de sensibilización FEPBA 2018 para docentes en: http://www.buenosaires.gob.ar/calidadyequidadeducativa/evaluacion/fepba
[3] Está incluido en un documento de Grados de Aceleración (2004), Prácticas del Lenguaje, 6.°/7.°., Primer Bimestre, como parte de una actividad habitual de lectura de cuentos policiales.
[4] Este cuento se encuentra disponible en el material Sherlock Vive para primer año de ES de la serie Profundización de la NES.

Se plantean, a continuación, tres tipos de actividades (A, B, C) y algunas consignas a partir de las cuales el docente podría diseñar otras similares.
En varias de las actividades se les propone a los alumnos producir las pistas o preguntas para que estén involucrados en todo el proceso de trabajo. Además, se promueve la relectura de los cuentos para participar de los juegos.
Al final se les plantea la posibilidad de compartir los criterios e ideas que pusieron en juego para colaborar con la reflexión sobre lo realizado y la elaboración de justificaciones a partir de las experiencias de lectura, es decir, de sus interpretaciones y razonamientos desarrollados.

A. Jugar al detective, construir hipótesis

Si los alumnos han leído varios cuentos policiales es posible realizar una actividad que les permita jugar al detective. Como se señala en las orientaciones para el trabajo con «La Liga de los pelirrojos», se trata de "«extraer las pistas de un cuento policial que los chicos aún no hayan leído para que, al compartirlas con ellos y analizarlas, lleguen a generar una hipótesis de la resolución del enigma como si fueran detectives de un policial clásico». (p.10).

El docente comparte con los alumnos la lectura de «Tres portugueses bajo un paraguas» hasta antes del momento en que el detective explica el crimen. En esa parte, les propone descubrir quién es el asesino por las pistas de los sombreros.

A.1. A partir de las pistas que dan los versos del cuento, ¿quién les parece que es el asesino y por qué? Tienen que fundamentar a partir de lo que está narrado en el cuento
(pueden tratar de adivinarlo en pequeños grupos y leer luego el final para ver quién descubrió el enigma).

A.2. Detectives de frases. Busquen en el cuento que les indique la o el docente al menos dos frases importantes que caractericen el trabajo de investigación que hace el detective en ese cuento. Anoten esas frases en unas tarjetas y armen con ella un juego para otro grupo de alumnos. Cada grupo va a tener que averiguar de qué detective se trata sin volver a leer el cuento. Comenten después por qué eligieron esas frases y no otras y cómo se dieron cuenta de que se trataba del detective en cuestión.

- Sherlock Holmes en Londres.
- Sherlock Holmes en Buenos Aires.

B. Sobre cuentos cortos y series

Una actividad interesante para favorecer el acercamiento de los alumnos al género policial es comparar los modos de contar en los cuentos y en las versiones audiovisuales. Las formas de contar no son las mismas y se producen cambios que se pueden descubrir.

B.1. Mirá el corto y anotá qué información nueva te da la imagen sobre dónde y cuándo transcurre la historia.
Corto de CIC del cuento en tres partes:
http://www.youtube.com/watch?v=V-_3S0iDTS4&feature=fvw

Otro ejemplo es este corto animado de «La liga de los pelirrojos»:
https://www.youtube.com/watch?v=svdXjRiWrJc

La serie Sherlock de la BBC también traspone muchos cuentos de Conan Doyle adaptándolos al contexto de Londres en 2010. Con los alumnos se podrían leer algunos de esos cuentos, como «El sabueso de Bakersville» y ver algunas partes de la serie seleccionadas por el docente para realizar la comparación.

C. Producción de trivias de los cuentos leídos para organizar un juego colectivo de preguntas y respuestas

C.1. En pequeños grupos van a volver a leer los cuentos policiales y proponer para cada uno al menos tres preguntas que se relacionen con

- El crimen que se investiga.
- La forma en que el detective investiga.
- Las pistas.
- Las partes enigmáticas.
- Cómo se resuelve el caso.

Con las preguntas, armen un juego de preguntas y respuestas a partir de una primera organización en temas. Para orientar facilitar las respuestas incluyan las frases seleccionadas en la actividad A2 u otros datos claves de los cuentos. Cada frase o dato tiene que ser más clara, pero da menos puntos adivinar con estas. Es decir, que cuanta más ayuda se necesite para adivinar, menos son los puntos obtenidos.
Al final se evalúan las respuestas acertadas, pero también las preguntas mejor pensadas.
Se podrían incluir como pistas.

- Como se señala en las orientaciones para trabajar con «La liga de los pelirrojos», estas actividades pueden acompañar la lectura y los intercambios que se hagan en el aula en el marco de la actividad habitual de lectura de estos cuentos.

Anexos

1.
«Cuento policial»,

Rumbo a la tienda donde trabajaba como vendedor, un joven pasaba todos los días por delante de una casa en cuyo balcón una mujer bellísima leía un libro. La mujer jamás le dedicó una mirada. Cierta vez el joven oyó en la tienda a dos clientes que hablaban de aquella mujer.
Decían que vivía sola, que era muy rica y que guardaba grandes sumas de dinero en su casa, aparte de las joyas y de la platería. Una noche el joven, armado de ganzúa y de una linterna sorda, se introdujo sigilosamente en la casa de la mujer. La mujer despertó, empezó a gritar y el joven se vio en la penosa necesidad de matarla. Huyó sin haber podido robar ni un alfiler, pero con el consuelo de que la policía no descubriría al autor del crimen. A la mañana siguiente, al entrar en la tienda, la policía lo detuvo. Azorado por la increíble sagacidad policial, confesó todo. Después se enteraría de que la mujer llevaba un diario íntimo en el que había escrito que el joven vendedor de la tienda de la esquina, buen mozo y de ojos verdes, era su amante y que esa noche la visitaría.

Marco Denevi, en *Obras completas*, Buenos Aires, Corregidor, 1999.

2.
«El papel quemado. Memorias de John Rambet»,

— No puede negarse—me dijo Sherlock Holmes mientras pasaban los bomberos a todo escape—que el Cuerpo de Bomberos de Buenos Aires está admirablemente organizado.
— Tiene usted razón.
— Claro está que adolece de ciertas deficiencias; pero puedo asegurarle que es infinitamente superior al de muchísimas ciudades europeas.
— ¿Lo ha visto usted en el trabajo?
— Sí y no. El otro día vi a bomberos ocupados en extinguir un incendio sin importancia...
— ¿Quiere que vayamos a verlos trabajar?
— Bueno.

Desde la confitería de donde acabábamos de salir, hablé por teléfono al cuartel de bomberos preguntando dónde era el incendio. Me lo dijeron. Tomamos un coche y diez minutos después nos hallábamos en el lugar del siniestro, como dicen lo repórters policiales.

Los bomberos acababan de llegar y estaban tendiendo varias líneas de mangueras, mientras sus jefes examinaban aquella enorme hoguera y tomaban las disposiciones necesarias para atacarla.
Con nuestro carnet de periodistas, yo le había conseguido uno a Sherlock Holmes —pudimos llegar hasta el edificio que estaba ardiendo y nos unimos a un grupo de repórters y empleados de policía que acababan de llegar.
Lo que ardía era un aserradero de maderas compuesto de un edificio de material al frente y un gran galpón al fondo donde se hallaban las maderas y las maquinarias. En el edificio de material, al que se penetraba por un gran portón que servía de entrada a los carros, se hallaba el escritorio y encima de éste las habitaciones de uno de los dueños del aserradero, a quien llamaremos Eduardo Ramírez, pues consideraciones que no escaparán a nuestros lectores nos impiden darle su verdadero nombre.
A simple vista se veía fácilmente que el fuego se había iniciado en el edificio de material, que en aquel momento no era más que una espantosa hoguera.
Tal vez por eso los esfuerzos de los bomberos se redujeron a aislar aquella hoguera, impidiendo que el fuego se propagara a las casas vecinas y al galpón del fondo, que ya había empezado a arder.
Sherlock Holmes miraba trabajar a los bomberos y observaba las enormes llamas que, impulsadas por un fuerte viento, lamían furiosas la alta pared de un edificio de tres pisos que estaba a la derecha del aserradero.

— ¡Qué hermoso espectáculo!—exclamé.
— Hermoso y terrible —dijo Sherlock.

En aquel momento se derrumbó el techo; cayeron las paredes casi encima nuestro y un humo espeso, mezclado con enorme cantidad de chispas, nos envolvió por completo, al mismo tiempo que una gran cantidad de papeles, encendidos unos y a medio quemar otros, se elevaban en el espacio, cayendo luego en diversas direcciones.
Retrocedí apresuradamente, y cuando se disipó la humareda busqué a Sherlock Holmes con la vista, sin poderlo encontrar en el primer momento.
Lo busqué por todas partes. El grupo de periodistas y empleados de policía se había dispersado y los que lo formaban se encontraban en distintos sitios, separados unos de otros y ocupados, la mayor parte, en recoger los papeles que caían a su alrededor.
También yo recogí algunos, mientras buscaba a mi amigo, y cuando me dirigía a entregar los papeles a un oficial de bomberos, vi a Sherlock hablando con un joven. También él me vio, se adelantó inmediatamente hacia mí, y poniendo en mis manos los papeles que había recogido, me dijo rápidamente:

— Finja no conocerme; entregue estos papeles, y después no pierda de vista a ese joven que estaba conmigo. Sígalo, y venga luego a casa.

Y con el aire más natural del mundo, volvió al lado del joven, mientras yo iba a entregar al oficial los papeles recogidos por mí y los que me acababa de entregar Holmes.
Luego, siguiendo las instrucciones que acababa de darme, me coloqué en sitio donde no pudiera perder de vista a aquel joven.
Confieso que me sorprendieron sobremanera las instrucciones de Sherlock, pero como estaba ya acostumbrado a su manera de ser, me limité a cumplirlas y a tratar de explicarme las razones que podría tener mi amigo para habérmelas dado.
El joven se separó de Sherlock Holmes algunos pasos y se dirigió a otro sitio. Yo lo seguí a distancia viniendo, por ese movimiento, a pasar al lado de mi amigo, quien me detuvo y me dijo:

— No lo siga más. Cuando se retire de aquí, lo seguiremos los dos. Sólo se trata de no perderlo ahora de vista para saber luego su domicilio; pero aún no se irá.
— ¿Ocurre algo de particular?
— Poca cosa. El incendio que estamos presenciando es obra de una mano criminal...
— ¿Y cree usted que ese joven es el incendiario?
Hace poco lo sospechaba; ahora estoy seguro de ello.
— No dudo que sea así; pero me extraña que siendo él el incendiario permanezca por aquí. ¿No teme que se descubra algún indicio y...?
— Sí; lo teme mucho; pero aún no se irá.
— ¿Qué quiere usted decir con eso?
— Que no se irá, hasta que aparezca el cadáver del otro.
— ¿Un cadáver?
— Sí. Entre esos escombros hay un hombre carbonizado.

Nunca como entonces admiré la sagacidad, la clarividencia, la observación, el talento y, sobre todo, aquella sublime intuición de Sherlock Holmes. Porque aún no había vuelto de mi sorpresa cuando algunos bomberos sacaban el cadáver de un hombre completamente carbonizado.
Nos aproximamos a contemplar aquel fúnebre hallazgo, y vimos que también se acercaba el joven.

— Ahora se irá —me dijo Sherlock—Sigámoslo separadamente. Nos reuniremos en casa.

— Finja no conocerme; entregue estos papeles, y después no pierda de vista a ese joven que estaba conmigo. Sígalo, y venga luego a casa.

Y con el aire más natural del mundo, volvió al lado del joven, mientras yo iba a entregar al oficial los papeles recogidos por mí y los que me acababa de entregar Holmes.
Luego, siguiendo las instrucciones que acababa de darme, me coloqué en sitio donde no pudiera perder de vista a aquel joven.
Confieso que me sorprendieron sobremanera las instrucciones de Sherlock, pero como estaba ya acostumbrado a su manera de ser, me limité a cumplirlas y a tratar de explicarme las razones que podría tener mi amigo para habérmelas dado.
El joven se separó de Sherlock Holmes algunos pasos y se dirigió a otro sitio. Yo lo seguí a distancia viniendo, por ese movimiento, a pasar al lado de mi amigo, quien me detuvo y me dijo:

— No lo siga más. Cuando se retire de aquí, lo seguiremos los dos. Sólo se trata de no perderlo ahora de vista para saber luego su domicilio; pero aún no se irá.
— ¿Ocurre algo de particular?
— Poca cosa. El incendio que estamos presenciando es obra de una mano criminal...
— ¿Y cree usted que ese joven es el incendiario?
Hace poco lo sospechaba; ahora estoy seguro de ello.
— No dudo que sea así; pero me extraña que siendo él el incendiario permanezca por aquí. ¿No teme que se descubra algún indicio y...?
— Sí; lo teme mucho; pero aún no se irá.
— ¿Qué quiere usted decir con eso?
— Que no se irá, hasta que aparezca el cadáver del otro.
— ¿Un cadáver?
— Sí. Entre esos escombros hay un hombre carbonizado.

Nunca como entonces admiré la sagacidad, la clarividencia, la observación, el talento y, sobre todo, aquella sublime intuición de Sherlock Holmes. Porque aún no había vuelto de mi sorpresa cuando algunos bomberos sacaban el cadáver de un hombre completamente carbonizado.
Nos aproximamos a contemplar aquel fúnebre hallazgo, y vimos que también se acercaba el joven.

— Ahora se irá —me dijo Sherlock—Sigámoslo separadamente. Nos reuniremos en casa.

Efectivamente; después de contemplar un momento el cadáver, el joven se alejó y le seguimos sin dificultad, aunque tomando muchas precauciones, pues a cada momento se volvía a mirar hacia atrás.
Media hora después me hallaba en casa de Sherlock Holmes.

— ¿Cómo ha podido usted —le dije— tener en tan poco tiempo la seguridad de que el incendio ha sido intencional y que el incendiario es ese joven a quien acabamos de seguir?
— Pues eso no es nada, amigo Rambet. También sé que la víctima ha muerto de dos tiros poco antes de declararse el incendio.
— ¿Cómo?...—exclamé, en el colmo del asombro—¿Se lo ha dicho el asesino?
— Con aquel joven no he hablado más que de cosas indiferentes.
— Pues no comprendo.
— Y tal vez pueda decirle algo más dentro de un momento.

Y sacando del bolsillo uno de los papeles medio quemados que había recogido, me lo tendió diciendo:

— ¿No le dice a usted nada este papel?

Lo examiné. Era un pedazo de papel de carta de color rosado. La parte izquierda se había quemado casi toda, y en lo que quedaba se leían solamente estas palabras:

tima vez
ases conmigo.
Onor
la memoria
rdarás de mí.

— No comprendo qué puede significar esto.
— Pues vamos a ver si reconstruimos la carta.
Tomó una hoja de papel, y después de cerca de una hora empleada en escribir, borrar y volver a escribir, me dijo:
— ¿Se compromete usted a encontrar mañana al joven a quien acabamos de seguir?
— Ya lo creo. Sabiendo donde vive.
— ¿Le ha visto bien la cara?
— No mucho.
— Pues no dará usted con él, aunque lo tenga a dos pasos de distancia.
— Sin embargo...
— El incendiario no es incendiario; es *incendiaria.*

— ¿Cómo?
— Ese joven...es una mujer.
— ¿Está usted seguro?
— Como de todo lo demás. Cuando se desplomó el techo y nos vimos envueltos en aquella nube de humo y de chispas, corrí hacia atrás y tropecé en el cuerpo de aquel joven, o, mejor dicho, de *aquella* joven que, corriendo también, acababa de caer. Creyendo que se hubiera lastimado, la levanté del suelo, y entonces tuve la primera sospecha, pues vi que el chambergo lo llevaba atravesado por un pincho de los que usan las señoras en los sombreros, pero más corto y sin cabeza. Además, al levantarlo, recogí del suelo un revólver que había a su lado y que probablemente se le cayó al caer ella. Me dio las gracias y hablamos un momento de cosas sin interés. Durante nuestra conversación observé que se hallaba muy agitada y que su voz no era de hombre. También noté que buscaba algo en los bolsillos y supuse que buscaría el revólver. Le pregunté si había perdido algo, y, para disimular, me dijo que creía se le había extraviado un papel; luego sacando uno de un bolsillo exclamó: "No; aquí lo tengo". Pero todo aquello no era más que una comedia, muy ingenua por cierto, y muy mal representada, para no decir que había perdido el revólver. Cayeron papeles a nuestro alrededor; recogí algunos, entre los cuales me llamó uno la atención, por ser igual al que sacó la joven del bolsillo.
— Y ese papel ¿es éste?
— El mismo. Como usted ha visto, he tratado de reconstruir la carta y creo haberlo conseguido. Oiga usted. Y leyó:
"Por *última vez*, te escribo para suplicarte que te *cases conmigo*. Yo no amo ni puedo amar a un *miserable* como tú; pero si te niegas a devolverme el *honor* que me robaste, te juro por *la memoria* de mi madre que te *acordarás de mí*".
— No está mal; pero convendrá usted conmigo en que, con las pocas palabras que han quedado intactas en el papel, se pueden reconstruir muchas cartas de diversos sentidos.
— Sí. Pero ninguna será tan sencilla, tan menos rebuscada, tan natural como ésta. Y, sobre todo, teniendo en cuenta el carácter de letra, que es muy igual y muy diminuta, ninguna dará la medida exacta de las líneas en una hoja de papel de esquela. En cuanto a la letra, no hay más que verla para conocer que es femenina.

— Eso sí.
— El revólver es éste, y, como usted ve, hay dos cápsulas vacías. El asunto resulta vulgar. Una histérica se deja seducir por un hombre que luego la abandona. Ella se desespera, se trastorna, consigue una entrevista con él, le tira dos tiros, y luego, enloquecida, prende fuego a la casa. Todo eso es muy vulgar y no vale la pena de que nos ocupemos más del asunto. ¿Quiere usted una taza de té?
Creo inútil decir a mis lectores que todo drama se había desarrollado en la forma descripta por mi amigo.
La incendiaria se denunció ella misma dos días después y lo confesó todo.

Julián J. Bernat, *Revista Sherlock Holmes*, Año I, N.°. 15 (pp. 51-54), 10 de octubre de 1911. Sección «Sherlock Holmes en Buenos Aires».